

El perro

*A Estel
y todos los perros abandonados*

Llevaba tiempo queriendo hablar del perro y todo lo que ello implica. No es baladí. La historia es como un bolo de hoja de coca que se va acullando. Indigesta. Pero puede que fortalecedora. Trato de sacar partido del jugo que sale de la materia fibrosa hasta que no dé más de sí. Creo que es hora de ponerlo por escrito. A ver si entiendo algo.

La carretera que recorre la costa, esa que se ve anunciada en los letreros como “A Almería por la costa”, es una recta bastante larga en el tramo que bordea el aeropuerto y corre paralela a la pista de aterrizaje. Una recta estrecha no solo por la ausencia de arcén. La contundente valla metálica que separa el aeropuerto del resto del mundo aporta una sensación de estrechez adicional.

En uno de los tramos de la carretera parece haber unos pegotes de alquitrán que rompen el monótono perfil alabeado del firme. Como parches añadidos para solventar de prisa y corriendo algún agujero que se ha ido abriendo en la parte más vulnerable del asfalto. Al ojo experto una de esas irregularidades no le pasa desapercibida. Al ojo que pasa muchos días por allí y sabe dónde mirar.

Si uno es novato probablemente se distraiga con las instalaciones aeroportuarias y, si tiene suerte, podrá ver como aterriza o despega algún avión. Si tiene suerte y es lo suficientemente diestro para repartir la atención entre la carretera y el aeropuerto.

Lo más entretenido es ver como una luz lejana crece en el horizonte y toma forma de avión. Así, con pericia, mientras Van Morrison inunda su vuelta (*Back on top*) con unos acordes de armónica, el ojo más acostumbrado puede seguir las maniobras de aproximación de la aeronave sin salirse de su carril, a una velocidad adecuada. Si aún hay más suerte o el trayecto se hace durante meses, puede captarse el instante en el que el implacable asfalto pellizca las ruedas del tren de aterrizaje. Entonces sale un humillo ciertamente gratificante.

No es necesario llevar mucho tiempo afinado en Almería para saber que el viento dominante es el de poniente y que, por tanto, la secuencia anterior es más probable verla en el viaje de vuelta, cuando se va de la ciudad hacia el Cabo de Gata. Sin embargo solo un ojo profesional podrá estar atento a los coches que vienen de frente, a lo que pasa en el aeropuerto y a la evolución de los mencionados parches.

Uno de ellos es en realidad el pellejo de un perro pisoteado una y otra vez por el tráfico de la zona. Es este sucedáneo de parche el que ha ido deshaciéndose lentamente durante las últimas semanas.

He sido testigo de esta metamorfosis, día tras día, mientras pasaban cosas. Mientras me iba desmoronando.

El perro, inicialmente, yacía tendido en medio de la carretera. Un perro negro. Lana negra rizada. Como de caniche o perro de aguas. Lana basta. Con la lengua asomando entre los dientes. La lengua rosada posada sobre el cálido asfalto. Debía de ser por marzo. A la vuelta del trabajo. Las dos y media o las tres. Un día de calor, después de tanta inestabilidad invernal. La lengua brillante, aún húmeda, con el último aliento. Llamaba la atención. Llevaba un collar rojo.

Era necesario esquivarlo. Instintivamente, si uno no es un psicópata. Para ello había que disminuir la velocidad, pero no frenar bruscamente. Hubiese sido injustificable provocar un accidente por un perro de tamaño mediano que yacía muerto

en medio de la calzada. Atrás no llevaba ningún coche. Pude bajar la velocidad y aproximarme lentamente hacia el bulto, esperar que el tráfico en la mano contraria acabase de pasar y hacer un adelantamiento sin peligro. El perro quedó atrás. Se fue convirtiendo en un punto según avanzaba por la recta. Dormía plácidamente.

La primera vez que lo vi creo recordar que estaba a gusto en el trabajo. Además había conocido a alguien con quien jugar al *squash*. No necesitaba mucho más para satisfacer mi reducida demanda de vida social.

Me estaba dejando barba con el fin de cubrir el incremento de carrillada de los últimos meses y no dejaba de sorprenderme cómo prosperaban los pelos canosos. Con una cadencia cada vez mayor arrancaba los gruesos cañones blancos con unas pinzas, frente al espejo, sorteando los negros. Probablemente la tarea sería infinita dentro de pocos años, pero por el momento era entretenido extirpar parsimoniosamente los signos de decadencia.

Cada vez que arrancaba uno, lo observaba. Después lo dejaba caer en el lavabo y el agua arrastraba los despojos. Los hacía desaparecer. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Era preocupante no tener aún una respuesta. A esa pregunta que tanto me había llamado la atención en la primera película de Kevin Spacey que vi, *Swimming with sharks*: “What do you really want?”

Treinta y muchos y haciendo tiempo. Llevado por la corriente incesable del tiempo. Aturdido por la cotidianeidad. No terminaba de asumir que tenía un trabajo. Que había hecho un doctorado. Que esto de la investigación era mi profesión. Que se esperaban ciertas cosas de mí. No en vano la larga senda que había recorrido hasta entonces había consistido en acumular méritos en forma de ponencias y artículos científicos. Me había ido convirtiendo en algo así como un especialista en la materia. Con todo aquello debería consolidar una plaza en la universi-

dad, o en algún centro de investigación.

Eso era, más o menos, lo que se esperaba de mi errática carrera. Supuestamente el día que consiguiese esa plaza sería muy feliz. Habría resuelto mi vida. Como se resuelven las ecuaciones.

Uno siempre cree ser diferente. La genética puede confirmar que, efectivamente, cada individuo es una combinación de proteínas sin réplica en el universo. Las ciencias sociales, la historia, por el contrario, buscan pautas comunes de comportamiento, señalando las generalidades de las personas e, incluso, de generaciones completas.

Quizás mi extravagancia radicase en creer que no había muchas diferencias entre la guardería, el colegio, el instituto, la universidad y la vida laboral. Encuentre las siete diferencias entre estos dos dibujos. Yo no acababa de verlas. Se iban ganando ciertas libertades al pasar de pantalla, pero entonces ibas descubriendo nuevas limitaciones. ¿Quién es más libre, el niño que se puede mear encima y quedarse tan a gustito, por lo menos hasta que se enfríe, o el adulto que puede ir a un videoclub un viernes por la tarde y sacarse la peli que más le guste?

Había diferencias superficiales evidentes pero en el fondo en cada etapa se juega un rol con una serie de restricciones.

Tras años de desencantos y expectativas frustradas intuía que el tener un puesto de trabajo fijo acarrearía nuevas complicaciones. Entonces habría que acudir a las juntas del departamento, tener un papel preponderante, acreditarse para ser catedrático o intentar ser director de algo. Tendría que seguir fingiendo que era el especialista en la materia.

Ese era el contexto vital cuando vi al perro. El collar me llevó a pensar en el dueño. Estaría buscándolo. Tendría aún la correa. Quizás también rematada en rojo.

Me acercaba a casa. Iba mirando el mar. Prefería sustituir la funcionalidad de la autovía por esta vista. En algunos puntos

El dentista

*A Aines,
lectora y amiga empedernida*

Tuve que ir al dentista. Otra vez. Mira que al despedirme del doctor la última vez quedamos en que no me verían por allí hasta la limpieza bucal, que es en diciembre, justo antes de las Navidades. Para afrontar las comilonas y los encuentros familiares libres de sarro, aunque, si te digo la verdad, los dientes empiezan a amarillear o “marfilear” más bien rápido. En dos semanas comienza a borrarse el recuerdo immaculado de los ultrasonidos cincelando el esmalte. Antes, tras cada limpieza, me costaba retomar las pipas, las pipas de fumar digo, pero he ido venciendo esa resistencia y como sé que el resultado final va a ser que los dientes se vuelvan amarillo-nicotínico dejé de condicionar el *jodío fumeque* a la limpieza bucal.

Pero bueno, el caso es que ayer tuve que ir de nuevo, porque tenía un dolorcillo en un diente que no se terminaba de pasar. Estuve haciendo enjuagues con productos de esos de colorines que dan ganas de beberse y mezclar con ginebra. Pero nada. Me lavé los dientes una y otra vez. Mastiqué con el otro lado. Finalmente no pude obviar el dolor. No pude dejar de pensar en los oscuros orígenes de un problema silencioso que podría derivar en males mayores. Decidí llamar. Con lo que me cuesta llamar para cualquier cosa. Y me dieron cita para el día siguiente. Toda una declaración de eficiencia y saber hacer.

Llegué armado de paciencia. Sabiendo que el doctor Galván,

que así se llama el dentista, te hace esperar. Hubo una vez que estuve a punto de irme. Me tuvieron cuarenta minutos en la salita. Salita de dentista de ambiente rancio. La tele puesta con algún pajarraco despellejando famosos de tercera, mientras momias maquilladas y “ninis” asisten con pose de pensador al espectáculo, añadiendo algún detalle grotesco a la intrascendente historia. Si la tele no te entusiasma entonces puedes refugiarte en la literatura. El doctor Galván lo tiene todo previsto y en la mesita que hay entre los sillones tienes dos montoncitos en los que elegir: prensa deportiva para el señor y revistas del corazón para ella. También hay revistas de coches y otra que detalla los programones esos que echan en la tele. Por último, y para convencer a los pacientes de que están en buenas manos, las paredes están jalonadas de títulos, titulillos y diplomas de cualquier cosa. El objetivo es transmitir confianza al cliente, haciéndole ver que el doctor sabe mucho, pues así lo atestiguan todos esos papeles, con sus sellos y firmas, incluida la del rey, enmarcados y colgados hasta convertir la pared en un mosaico continuo.

Decía que una vez estuve a punto de irme. Pese a los mencionados incentivos que ofrece la consulta. Pero no había cómo. No había nadie en recepción. En realidad nunca hay nadie en recepción; nada más que para cobrar. El doctor Galván tiene esclavizada a una chica que le sirve para todo. María del Mar, de ojos muy sugerentes enmarcados bajo unas cejas delineadas en el País de las Mil y una Noches, se dedica a las limpiezas bucales, a abrir la puerta, a cobrar, a preparar la masilla para hacer moldes de la gente que se va a colocar aparato, y a otras tareas. Y él, el doctor Galván, atiende dos pacientes simultáneamente pero tratando de que cada uno de ellos crea que se le dedica atención exclusiva. En los paseos de un despacho a otro, de una silla reclinada a otra, de una boca abierta a otra, nunca pierde la sonrisa, porque puede topar con algún cliente, y siem-